

La sabiduría y el ejemplo con piel de animal

GARCÍA PEINADO, MIGUEL ÁNGEL / MONFERRER SALA, JUAN PEDRO (Eds. y Coords.), *La Fábula o Exemplario de cómo saberse bien conducir. Antología bilingüe*, Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2000, 431 págs.

La presente obra, recientemente publicada como n. 5 de la Colección *Nuevos Horizontes (Serie Textos)*, consta de una introducción general (págs. 7-31) y la antología bilingüe propiamente dicha (págs. 33-431).

La introducción general, de Pedro Ruiz Pérez, es un estudio, en el que el autor parte de la tradición común —la cultura grecolatina, la judía y la cristiana—, que unía al continente europeo a mediados del siglo XIV. Dicho estudio no es sólo un recorrido histórico por autores y obras (que llega hasta el siglo XVIII), sino que el autor ensaya toda una teoría literaria acerca de la fábula, cuyas características se recogen en las páginas 29 y 30 del estudio. Tal vez habría sido conveniente en estas veintitrés páginas de introducción haber intercalado algunos títulos que fueran estructurando la exposición, dado que a veces el lector podría llegar a perderse.

Por otra parte, la antología bilingüe se estructura en los siguientes capítulos: la fábula griega y helenística, la fábula latina, fábulas en versión árabe atribuidas a Luqmān, “Calila y Dimna” o el eco de la sabiduría oriental, La Fontaine y la fábula francesa, Lorenzo Pignotti (fábulista toscano del siglo XVIII), Gotthold Ephraim Lessing y la fábula alemana y, finalmente, las fábulas de John Gay.

Emilio Asencio González ha llevado a cabo la introducción, selección y traducción de la fábula griega y helenística (págs. 33-89). Previamente a la selección y traducción de textos, el autor desarrolla tres capítulos, en los que estudia el concepto y características de la fábula griega, su estudio diacrónico y la transmisión textual. En cuanto al estudio diacrónico de la fábula griega, E. Asencio arranca de la fábula en época arcaica para continuar con Esopo y la fábula esópica, la fábula en época clásica, Demetrio de Falero y su colección y, la fábula en la edad helenística. “La fábula —llega a decir el autor— más universal y duradera que el mito, representa un fenómeno de continuidad literaria y de pensamiento sin paralelo en la Historia” (pág. 44). Y el autor deja bien claro que, desde la antigüedad, la fábula se convierte en un factor literario y educativo importante, lo que enlaza con el propio título del libro: *la fábula o exemplario de cómo saberse bien conducir*. Tras advertir que la mayor parte de estas fábulas nos han llegado a través de las colecciones o de la transmisión indirecta de la edad helenística y romana, la selección incluye textos de Hesíodo, Heródoto, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Platón, Jenofonte, Aristóteles, además de numerosas fábulas esópicas (el águila, el grajo y el pastor, el deudor, los pescadores, la zorra y el leñador...), Dositeo, Aftonio, Sintipas y Babrio. Los textos van acompañados de acertadas notas lingüísticas, que facilitan su comprensión.

Julián Solana Pujalte estudia el capítulo dedicado a la fábula latina (págs. 91-145), que se ciñe a la fábula escrita en latín en época imperial, cuyos cultivadores fueron Fedro y Aviano. Después de referirse a la vida y obra de estos autores, J. Solana ofrece referencias bibliográficas muy útiles para los estudiosos de la fábula latina, sobre todo las referidas a las ediciones críticas y ediciones y traducciones españolas. De las 93 fábulas en verso distribuidas en cinco libros —las *Fabellae Aesopiae*—, se han seleccionado de la edición de A. Guaglianone (Turín, 1969) doce fragmentos del libro primero (del prólogo, I,1; I,2; I,4; I,5; I,7; I,8; I,10; I,13; I,21; I,24 y I,27), tres fragmentos del libro segundo (del prólogo, el II,3 y del epílogo),

cinco del libro tercero (III,12; III,14; III,17; III,19 y del epílogo), ocho del libro cuarto (IV,3; IV,10; IV,12; IV,17; IV,20; IV,24; IV,25 y del epílogo) y cuatro del libro quinto (del prólogo, V,3; V,9 y V10). Por último, del *Appendix Perottina* se incluye un fragmento de la número XV, *La viuda y el soldado*. “La extensión de esos libros —dice J. Solana— es muy desigual (31, 8, 19, 25 y 10 fábulas) y no está recogida en ellos toda su obra. Parte de lo perdido (31 fábulas) se ha podido reconstruir gracias a la colección reunida por el humanista italiano Niccolò Perotti” (pág. 93). En cuanto al género de la fábula esópica, el mismo Fedro en el prólogo del libro primero llega a decir: “Yo he pulido en versos senarios la materia que Esopo, su creador, halló” (pág. 105). Y en el prólogo del libro segundo: “El género esópico consiste en ejemplos, y con las fábulas no se pretende otra cosa que corregir el error de los hombres y que se aguce diligentemente su ingenio” (pág. 117). Entre la colección de fábulas atribuidas a Aviano, se seleccionan de la edición de F. Gaide (París, 1980) las número 7, 14, 23, 34 y 42. Aunque Aviano conocía las fábulas de Fedro, “su fuente principal parece ser una colección latina en prosa de fábulas griegas escritas en trímetros yámbicos” (pág. 98).

El capítulo siguiente, fábulas en versión árabe atribuidas a Luqmān, ha sido estudiado por Rafael Pinilla Melguizo (págs. 147-180). Este autor, en primer lugar, establece las diferencias literarias entre *fábula* y *proverbio*: la primera se sirve de una introducción narrativa simbólica, mientras que el proverbio carece de este elemento narrativo. A continuación, R. Pinilla se refiere a la figura de Luqmān, las versiones de sus fábulas, el origen, su contenido y descripción general. El autor nos ofrece los 41 fragmentos —el repertorio luqmāniano completo— de la edición de Ch. Shier (Dresde-Leipzig, 1831) que, posteriormente perfeccionó A. Cheronneau (París, 1847 y 1864) y J. Derenbourg (París, 1850), que basa su edición en el ms. de París de 1299. En cuanto a la traducción realizada en este libro, hay que reconocer a R. Pinilla el mérito de ser la primera traducción de una muestra significativa de las fábulas de Luqmān en nuestra lengua, a lo que hay que añadir el valioso aparato crítico utilizado.

Juan Pedro Monferrer Sala ha preparado el capítulo dedicado a “Calila y Dimna o el eco de la sabiduría oriental” (págs. 181-233). *Calila y Dimna* es una colección de cuentos de origen indio, que frecuentemente protagonizan los animales, con una clara finalidad didáctica y moral. “El *Calila y Dimna* —afirma J. P. Monferrer— pide ser, por lo tanto y a tenor de lo visto, obra de singular e inusitada necesidad para todo aquel que ande en periplo continuo de búsqueda de ‘ideales políticos’ o si se prefiere ‘ético-morales’, por emplear un símil tecnocrático de constante y totémica actualidad” (págs. 186-187). Previamente a la selección y traducción de la obra, la introducción a la misma es un riguroso trabajo filológico en el que el autor no escatima esfuerzos. Es importante la consideración que el autor hace de la traducción latina de esta obra: “En Europa, por su lado, la circulación de la obra será posible gracias a la traducción latina, realizada a caballo entre los siglos XIII y XIV (entre 1263 y 1378) por el judío converso Juan de Capua [...] y fue realizada a partir de una versión hebrea del siglo XIII” (pág. 186). Así, la obra pudo llegar a las lenguas modernas. En la traducción de la obra, ofrecida en este libro, el autor se ha valido de las *Obras de Ibn al-Muqaffa* (Beirut, 1989). La traducción que presenta se acompaña de las variantes textuales más relevantes, que presentan los manuscritos “A” y “B” de la versión castellana con respecto a los textos seleccionados, sirviéndose de la edición de Cacho y Lacarra sobre el manuscrito “A” y de Keller y Linker de los manuscritos “B” y “A”, mencionando las páginas de ambas en nota.

La Fontaine y la fábula francesa ha sido un estudio de Miguel Ángel García Peinado y Manuela Álvarez (págs. 235-282). En la introducción a dicho estudio los autores tratan de la

fábula antes de La Fontaine y de las aportaciones de este autor a la fabulística para terminar con la bibliografía de las ediciones y estudios del autor. En cuanto a la selección de las fábulas, utilizan la edición de Edmon Pilon (París, 1954), incluyendo las más conocidas y representativas. La Fontaine, al igual que hiciera Fedro, reconoce la autoridad de Esopo: “Je chante les héros dont Ésope est le père” (pág. 239). Sin embargo, para M.Á. García y M. Álvarez “la realidad es que únicamente le debe la idea de escribir fábulas [...] Su otro modelo, Fedro, le sugería bastantes más matices, así como más finura y elegancia de estilo” (pág. 239).

Dado el papel que La Fontaine ha tenido en la fabulística europea, creando incluso nuevos moldes, que han sido modelos en otras lenguas, y arrastrando incluso una tradición iconográfica de importancia, desde entonces hasta el mismo Gustave Doré, y redundado hasta en la misma emblemática barroca que renueva así el substrato de los *bestiarios* medievales, uno se pregunta si no hubiera sido deseable un ensayo no tanto más extenso — dado que ya se ha escrito demasiado sobre el autor— cuanto más atrevido: una nueva edición de fábulas de La Fontaine, aunque sea sólo una selección, necesitaría hoy día, a nuestro parecer, un ensayo de revisión a fondo, que, aunque somero, se sitúe más allá de los *topoi* de planteamientos repetitivos y trillados. En todo caso, y es sólo nuestra opinión, hubiera sido deseable un *status quaestionis* más actualizado de las aportaciones de este importante autor. Sin embargo, los autores de este estudio profundizan en los rasgos de estilo de estas fábulas, lo que se refleja, por otra parte, en su bella —y muy trabajada— traducción.

Julián Jiménez Heffernan dedica su estudio a Lorenzo Pignotti, fabulista toscano del siglo XVIII (págs. 283-344). Pignotti publica sus *Favolle e novelle* en Pisa (1782). J. Jiménez alterna datos biográficos con otros referidos a la obra de Pignotti, sobre todo rasgos de estilo. “Pignotti —dice J. Jiménez— parece regodearse en una fantasmagórica imaginería nocturna, que, pese a ser un inevitable reverso estilístico de la imaginería luminosa ilustrada, parece adquirir un valor literario *per se*, como ocurriera, con idéntica y ampulosa artificiosidad, en Young o Cadalso” (pág. 292). La fuente de la edición es la obra de Ugo Frittelli (Florencia, 1930), págs. 44-260. Las fábulas que se traducen son las siguientes: 1, 8, 11, 15, 16, 52, 56, 58, 59, 64, 65 y 73. El autor ha respetado algunos valores poéticos de la obra original, sobre todo la versificación silábica, con resultados a veces excelentes en algunos pasajes no fáciles de traducir. Naturalmente, la brillantez y vivacidad del toscano de Pignotti es difícil de evidenciar —no decimos ya de imitar— cuando dicha versificación se impone como ley no sólo sobre el léxico, sino también sobre la misma expresividad.

En esta sección se advierten algunas erratas, fáciles de observar, pero sólo llamamos la atención en dos casos, que, dado que se reiteran en ambas páginas de la presentación bilingüe, pueden confundir al lector. Ambos casos se refieren al texto latino que encabeza, como lema o referencia, la fábula, aunque es posible —no hemos verificado la edición italiana— que las erratas ya estuviesen en la edición de U. Frittelli. Son los siguientes: en Fábula I, págs. 296 y 297, en el verso de Juvenal debe corregirse *ae* por *ac*; y en Fábula VIII, págs. 308 y 309, en el texto de Ovidio, deben corregirse las dos palabras siguientes: *frutra* por *frustra*, y *numquam* por *nisquam*.

Por otra parte, dado que para las citas de autores antiguos que encabezan algunas fábulas, el traductor ha ofrecido oportunamente una nota con la referencia del lugar y la traducción, parece oportuno que también se hubiese hecho con el texto de Dante

("segghendo in piuma..." etc.) que encabeza la Fábula XI, en págs. 308 y 309, cuya indicación precisa es la siguiente: *Divina Comedia: Infierno*, canto XXIV, 47-51.

El capítulo dedicado a la fábula alemana, Gotthold Ephraim Lessing y la fábula alemana, es obra de Pilar Guerrero (págs. 345-379). Lessing, autor alemán del siglo XVIII, "aboga por una vuelta a la simplicidad y brevedad de la fábula esópica, rechaza la rima y adornos poéticos, y enfatiza el valor didáctico y el carácter filosófico de la fábula" (pág. 247). Lessing no sólo escribió fábulas, sino que dedicó cuatro ensayos a este género. P. Guerrero ha seleccionado para su traducción en prosa 35 fábulas —morales y mixtas—, cuya fuente ha sido la edición de Martini y Müller-Seidel (Friburgo, 1962). Es esta la tercera traducción al castellano de las fábulas de Lessing: la primera (en prosa) es la de Juan Eugenio Hartzenbusch (1871); la segunda (en verso) de Casto Vilar y García (1901). La presente, a nuestro juicio, adolece alguna vez de poca flexibilidad, haciendo difícil de entender algunas sentencias. Como nota crítica añadiremos una observación general: las notas, creemos, deberían haber profundizado más en la tradición literaria clásica, dado que las referencias a Claudio Eliano —un autor más bien intermedio— quedan muy a la mitad de lo que supone la tradición literaria de los motivos fabulísticos de Lessing.

El último capítulo corresponde a las Fábulas de John Gay (págs. 381-431), uno de los exponentes de una tradición fabulística en lengua inglesa, cuya selección e introducción ha llevado a cabo Antonio Ruiz, y la traducción ha sido de M.^ª Elena Gómez, Amalia Martín y Carlos Márquez. Para John Gay no se especifica el texto, crítico o no, en que se basa la traducción, como tampoco se ofrecen notas al texto, lo que desentona del resto de las anteriores selecciones, y no porque no hubiese hecho falta para indicar al menos sus conexiones con otras tradiciones, de lengua inglesa o ajenas (sobre todo griega, latina y francesa). Dos observaciones más sobre este último capítulo:

Es cierto que una antología depende siempre de las preferencias de su autor, que difícilmente coinciden con las de sus lectores, pero a veces uno se pregunta si, como en el caso de la fabulística inglesa, no hubiese sido por lo menos interesante haber ofrecido una selección de los principales autores, como se ha hecho con las fábulas griegas, en las que están representados numerosos autores (Heródoto, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Platón, Jenofonte, Aristóteles, Esopo, etc.), o con las latinas (Fedro, Aviano), dado que la fabulística *en lengua inglesa* ha tenido una importante tradición que empieza a definirse con el escocés Robert Henryson (1420/30 - c. 1506), enlazando a su vez en Chaucer, pasando por otros autores, como Johnson y Moore, y que llega hasta el s. XX con uno de los representantes más importantes de la fabulística moderna, el americano James Thurber (*Fables for Our Time*, 1940). Este autor, que ha abierto una nueva brecha "in the art of making fables", con una renovada visión humorística y crítica frente a la sociedad moderna y sus escalas de valores, hubiera merecido un apartado —si no todo— en esta selección. De hecho, por toda la importancia que se le quiera dar a John Gay, que sin duda la tiene (sobre todo como autor de *Beggar's Opera*, más que por otro concepto), no es este fabulista que más ha pervivido en la memoria del angloparlante.

Es de notar también, así aparece en una lectura *cursiva* del texto, que en algunos casos hay poca fluidez en la traducción. La opción que sus traductores han hecho de reproducir verso a verso el texto de John Gay, como una traducción literal incluso en la estructura superficial de su sintaxis, no es ciertamente la mejor. En el original inglés, como en toda composición poética en cualquier lengua, hay un encadenamiento de ideas que juega a una

con su propia sintaxis. Ese juego, sin embargo, no puede traducirse a otra lengua reproduciendo "ad pedem litterae" su estructura léxico-sintáctica, sin correr el riesgo de olvidar las estructuras profundas de la lengua. De ahí que la traducción resulte a veces altamente pesada, si no equivocada, con innecesarias expansiones léxicas y sintácticas, que en definitiva son glosas que retardan el curso de las ideas, todo en aras a la conservación de un ritmo o metro, que en numerosas ocasiones desequilibran las relaciones sintácticas que, al pasar de una estructura a otra, resultan improcedentes. Esto se hace evidente, sobre todo, en las fábulas largas. No es el caso de repetir lo que es adquisición certera de la traductología respecto al traspaso de estructuras lingüísticas de una lengua a otra, pero sí es el caso de recordarlo una vez más.

Tal vez alguien pudiera echar de menos un último capítulo —en el que no hubiera hecho falta traducción, pero sí una buena edición crítica— dedicado a la fábula en lengua española. Por ejemplo, en la España del XVIII tenemos a Tomás de Iriarte y Félix María Samaniego. Y en el XIX, no hay que olvidar, entre otros, a Juan E. Hartzzenbusch, quien influido en parte por Lessing, lo supera, al decir de los críticos, en vivacidad expresiva y análisis descriptivo. Pero esto más bien está del lado de quien, apasionado por la lengua española, no se haya percatado de que los editores han pretendido sólo una antología bilingüe, reuniendo en un libro autores y textos de distintas culturas a la española, lo que unido a la representación de las distintas épocas, desde lo clásico a la época romántica —se ha olvidado, o dejado aparte, el quehacer fabulístico más moderno—, se ofrece una encomiable selección en las lenguas griega, latina, árabe, francesa, italiana, alemana e inglesa.

Una última observación, quizás la más radical: ¿a quién va dirigida esta antología?, o lo que es lo mismo, ¿para qué se ha hecho? Preguntas muy difíciles de responder, dada la diferencia de niveles entre los distintos apartados, sobre todo entre las secciones referentes a las lenguas clásicas y las referentes a las lenguas modernas, diferencia que deja muy indefinida la intención pretendida con este libro. El hecho de que sea una antología bilingüe, es lo que hace que el destinatario sea un público culto, que encuentra placer en la lectura original y en el entretenimiento que supone la comparación de textos. Pero, a nuestro entender, para este público esta antología se queda a mitad de camino, como a mitad de camino también se queda un público más amplio. ¿Un libro más de fábulas a disposición de quien lo use? Una cosa queda clara, y lo diremos como si fuese la moral de una fábula, la de este libro en concreto: que las filologías, clásicas y modernas, si quieren colaborar, han de estar a una misma altura a la hora de compartir un plato que debe ser inexcusablemente fruto de un mismo rigor científico. Todo esto no obsta, sin embargo, para que el lector se divierta con este libro, y así lo esperamos, gozando de la genialidad que anima, en cada cultura y época, el pequeño recinto de palabras que se le concede a este género, cercano, pero lejano de la narración breve; lejano, pero cercano del chiste: un género con autonomía propia, y con disfrute propio. [SALVADOR LÓPEZ QUERO y ÁNGEL URBÁN FERNÁNDEZ].